

AMBROSIO DE MILÁN, *Los sacramentos*

Libro cuarto

V. *La eucaristía. La fuerza de las palabras sacramentales*

21. ¿Quieres saber cuáles son las palabras celestiales con las que se consagra? Helas aquí. Dice el sacerdote: Concédenos, Señor, que esta ofrenda, que es figura del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, sea ratificada, espiritual y agradable. Él mismo, el día antes de su pasión, tomó el pan en sus santas manos, miró al cielo, a ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, dando gracias lo bendijo, lo partió y lo dio partido a sus apóstoles y discípulos diciendo: *Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será partido por muchos.*

22. Presta atención. Del mismo modo, acabada la cena, tomó también el cáliz, el día antes de su pasión, miró al cielo, a ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, dando gracias lo bendijo, y lo dio a sus apóstoles y discípulos diciendo: *Tomad y bebed todos de él; porque esta es mi sangre.* Observa cómo todas las palabras son del evangelista hasta el *tomad*, ya sea el cuerpo, ya sea la sangre; después vienen las palabras de Cristo: *Tomad y bebed todos de él; porque esta es mi sangre.*

23. Observa más detenidamente. el día antes de su pasión, dice, tomó el pan en sus santas manos. Antes de consagrar es pan; por el contrario, cuando sobrevienen las palabras de Cristo, es el Cuerpo de Cristo. Oye de nuevo que dice: *Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo.*

Y antes de las palabras de Cristo, el cáliz está lleno de vino y agua; cuando las palabras de Cristo han actuado, se convierte en la Sangre que redimió al pueblo. Ves, por tanto, de cuantos modos es poderosa la palabra de Cristo que convierte todas las cosas. Por consiguiente, el mismo Señor Jesús nos da testimonio de que recibimos su Cuerpo y Sangre. ¿Acaso podemos dudar de su afirmación y de su testimonio?

24. Volvamos ahora a lo que había dicho antes. Ciertamente es grandiosa y venerable que llueva sobre los judíos maná del cielo. Pero mira. ¿Qué es más: el maná del cielo o el Cuerpo de Cristo? El Cuerpo de Cristo, por supuesto, que es Creador del cielo. Luego el que comió maná murió; pero al que come este Cuerpo le serán perdonados sus pecados y no morirá jamás (Ioh 6, 49.59).

25. Luego no en vano dices: *amén*, cuando confiesas que recibes el Cuerpo de Cristo. Pues cuando tú te acercas a la comunión, te dice el sacerdote: el Cuerpo de Cristo, y tú respondes: *amén*, como diciendo “así es en verdad”. Lo que confiesas con la lengua manténlo con el afecto. Para que sepas: este es el sacramento, cuya figura ya vino antes.

VI. *La eucaristía, remisión de los pecados*

26. Ahora aprende cuán grandioso es el, sacramento. Mira que dice: *Cada vez que hagáis esto, hacedlo en conmemoración mía, hasta que vuelva de nuevo* (cfr. I Cor, 11, 26).

27. Sigue diciendo el sacerdote: *recordando, pues, su pasión gloriosísima, su resurrección de los infiernos y su ascensión a los cielos, te ofrecemos esta hostia inmaculada, esta hostia espiritual, esta hostia incruenta, este pan santo y cáliz de vida eterna, y te pedimos y rogamos que recibas esta ofrenda en tu santo altar por manos de tus ángeles, como te dignaste aceptar la ofrenda del justo Abel y el sacrificio de nuestro padre Abraham y la oblación del sumo sacerdote Melquisedec.*

28. ¿Qué dice, por tanto, el Apóstol, cada vez que comulgamos? *Cada vez que recibimos el Cuerpo de Cristo anunciamos la muerte del Señor* (cfr. I Cor 11, 26). Y si anunciamos la muerte, anunciamos también la remisión de los pecados. Si cada vez que se derrama la sangre es para la remisión de los pecados, debo entonces recibirla siempre, para que siempre me sean perdonados mis pecados. Porque soy siempre pecador y necesito siempre de la medicina.

29. Durante este tiempo y hasta hoy hemos explicado cuanto hemos podido, pero mañana y el sábado hablaremos lo que podamos acerca de la oración del Señor y de la manera de orar. Que el Señor Nuestro Dios os conserve la gracia que os dio y se digne iluminar con más luz los ojos que os abrió por mediación de su Hijo Unigénito, Rey y Salvador, Señor Dios Nuestro, por quien y con quien recibe la alabanza, el honor, la gloria, la magnificencia y el poder, juntamente con el Espíritu Santa, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.